

A través de los cinco sentidos: estrategias descriptivas de la naturaleza americana en Gonzalo Fernández de Oviedo

Through the Five Senses: Descriptive Strategies of American Nature in Gonzalo Fernández de Oviedo

Álvaro Baraibar
Universidad Pública de Navarra
I-COMMUNITAS (Institute for Advanced Social Research)
<https://orcid.org/0000-0001-5892-2604>
alvaro.baraibar@unavarra.es

Recibido: 16/08/2023; Revisado: 05/02/2024; Aceptado: 17/04/2024

Resumen

El presente trabajo analiza la forma en que Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista oficial de Indias, recurrió a los cinco sentidos a la hora de describir la naturaleza americana y acercarla a sus lectores. Todos los sentidos aportaban información relevante en el conocimiento del Nuevo Mundo a través de la experiencia. Las descripciones de animales, plantas y prácticas radicalmente desconocidos a través de los sentidos están cargadas de significados y juicios de valor que nos acercan la forma de hacer historia del cronista y el valor que las Indias occidentales tenían en la empresa de la Monarquía Hispánica.

Palabras clave: Gonzalo Fernández de Oviedo, crónicas de Indias, naturaleza americana, sentidos.

Abstract

This paper analyzes how Gonzalo Fernández de Oviedo, the first official chronicler of the Indies, relied on the five senses to describe the American nature and bring it closer to his readers. All the senses provided relevant information in understanding the New World through experience. The descriptions of animals, plants, and radically unknown practices through the senses are filled with meanings and value judgments that bring us closer to the historian's approach to making history and the significance that the Western Indies held in the enterprise of the Hispanic Monarchy.

Keywords: Gonzalo Fernández de Oviedo, Spanish Chronicles of the Indies, American Nature, Senses.

1. INTRODUCCIÓN

Gonzalo Fernández de Oviedo fue el autor de la primera historia natural del Nuevo Mundo. A ella dedicó una parte importante de sus esfuerzos de escritura desde que, en 1514, viajara a las Indias occidentales al servicio de la Monarquía Hispánica y hasta su fallecimiento en Santo Domingo en 1557. Fruto de este trabajo, en 1526, publicó el *Sumario de natural historia de las Indias*, dedicado al emperador y centrado en maravillar a la cesárea majestad con una ignota naturaleza repleta de riquezas y posibilidades. En 1535, Oviedo publicaba el primer volumen de la *Historia general y natural de las Indias*, un proyecto que incorporaba, además, el relato de la conquista del territorio americano, empresa que –según el autor– Dios tenía reservada a los españoles. No consiguió ver impresos en vida los otros dos volúmenes que completaban su *Historia*, pero no dejó de intentarlo, corrigiendo y completando su texto, con nuevas informaciones, hasta sus últimos días.¹

Cuando Oviedo describe la naturaleza americana, tanto en el *Sumario* como en la *Historia*, uno de sus objetivos es cautivar a sus lectores –el primero de los cuales es, en la mente del cronista, el propio emperador–. Oviedo traslada la imagen de una «naturaleza magnificada» (GERBI, 1992). No es de extrañar, por tanto, que el contexto general en el que se inscriben sus estrategias descriptivas sea el de la maravilla.² En el discurso ovetense, la naturaleza de las Indias occidentales es grandiosa, sorprendente, asombrosa, en definitiva, maravillosa (LLARENA GONZÁLEZ, 1987).

Pero, ¿cómo recrear en un público que nunca ha estado en aquellas tierras una imagen vívida de sus especies animales y vegetales? ¿Cómo conseguir que sus lectores, quienes probablemente nunca tendrían la oportunidad de viajar a las Indias occidentales, fueran conscientes de la exuberancia y la radical novedad que la naturaleza americana representaba para el saber europeo? ¿Cómo evidenciar, en suma, la trascendencia de la empresa española en territorio americano? Oviedo recurre a diversas fórmulas a la hora de crear imágenes mentales (RUBIÉS, 2008) en quienes se acercaran a sus textos y acude en cada caso a la fórmula narrativa que, considera, puede darle mejores rendimientos. No hay en la obra del cronista una única estrategia descriptiva, sino una pluralidad de ellas, como trataré de mostrar desde el análisis del texto, dando voz al relato. En el *Sumario* y en la *Historia*, el cronista conduce al lector a través de las páginas de su obra con apelaciones directas (BARAIBAR, 2022) y le indica dónde puede encontrar más información sobre un determinado ser, lugar o suceso; le sugiere posibles interpretaciones de las novedades del territorio americano o le proporciona las distintas hipótesis que existen sobre cuestiones de todo tipo. Las descripciones de la naturaleza de las Indias occidentales son otra manera de dirigir la mirada de su público, recreando

1 La *Historia* completa no sería publicada, como es sabido, hasta el siglo XIX, de la mano de Amador de los Ríos.

2 Sobre el tópico de la maravilla en las crónicas ver URDAPILLETA MUÑOZ (2006, 2019). Además, Oviedo es plenamente consciente del efecto que la naturaleza americana tendría en su público lector: «son en sí estas cosas tan apartadas e nuevas que no hay necesidad de ficciones para dar admiración a las gentes» (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1992: II, 7 [en adelante las referencias a esta obra se harán indicando volumen y página de la edición de PÉREZ DE TUDELA de 1992]).

en él imágenes cargadas de significado y valores. El registro de la alteridad que representaba el Nuevo Mundo para el eurocentrismo epistémico que ejemplifica Oviedo, no es, en cualquier caso, un ejercicio directo de poder (BRENDENCKE, 2016), sino que implica, más bien, una conversación, una traducción (MARROQUÍN ARREDONDO y BAUER, 2019).

Por otro lado, Oviedo precisa autorizar tanta novedad. Busca la maravilla, pero siente la necesidad de que sus lectores le crean y confieran autoridad a su texto. Por ello, se acoge a la figura del emperador: «porque César no quiere fábulas, ni yo las sabré decir, sino lo que, en efecto, de semejantes materias se debe pronunciar ante su majestad» (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1992: II, 7). Y por ello recurre, además, a Plinio y otros autores clásicos, aunque, al mismo tiempo, fuera plenamente consciente de que ninguna de aquellas fuentes de autoridad le era útil para explicar algo de lo que nadie en Europa había tenido noticia hasta que los españoles encontraron aquellas tierras (CARRILLO, 2007; BARAIBAR, 2014; MARROQUÍN ARREDONDO, 2015). En este mismo sentido, con la idea de reforzar la verosimilitud de sus escritos, Oviedo acude en sus descripciones a comparaciones con seres, objetos y lugares cercanos al espacio de experiencia de los lectores.³ El cronista juega en su relato con la asimilación de lo diferente, del otro, al compararlo con lo conocido, al mismo tiempo que pone énfasis en la diferencia, en el carácter novedoso, extraño y maravilloso de la naturaleza americana (BURKE, 2001). En palabras de Oviedo,

mi intención es decir lo que sé y he visto en aquestas cosas, e no dejar de decir lo cierto porque se maraville o deje de se manifestar el que desde lejos me escuchare o leyere mis renglones. Ni quiero tampoco ponerme a conjeturar de qué proceden los efectos de las novedades que recuento, porque ni soy tan filósofo para comprehenderlos, ni me quiero detener en argumentos; sino conforme a la vista, diré lo que he podido comprehender o he sentido en estas materias (II, 77).

Oviedo quiere desentrañar los misterios de la naturaleza americana, conocer sus secretos para posibilitar su dominio y utilización por parte de los conquistadores españoles. Junto al proceso de identificación y recogida de los nombres de las nuevas especies y lugares que tan magníficamente analizó CARRILLO (2003, 2004), Oviedo reproduce la experiencia cotidiana en las Indias a través de los cinco sentidos, completando y corrigiendo la imitación de los modelos clásicos, insuficientes para desentrañar los secretos de la naturaleza americana, a partir de la «evidencia empírica y sensorial» (MARROQUÍN ARREDONDO, 2015: 85). Como autor de una historia natural –del Nuevo Mundo en este caso–, Oviedo pretende «la recopilación y ordenada exposición de su naturaleza, describiendo (...) todo lo que era perceptible por los sentidos» (PARDO-TOMÁS, 2002: 23-24). El cronista quiere recrear sensaciones en sus descripciones y se esfuerza por que sus lectores sientan el Nuevo Mundo trasladado a las páginas de sus libros desde su experiencia en el territorio. La experiencia americana de Oviedo no es solo una

³ Acudo aquí a los conceptos de espacio de experiencia y horizonte de expectativas que acuñó KOSELLECK (1993) al explicar el cambio histórico. Para una aplicación de estos conceptos a la realidad americana del siglo XVI puede verse BARAIBAR (2011).

forma de conferir autoridad a sus escritos, al ser testigo «por vista de ojos» o al reproducir testimonios fidedignos de otras personas que habían estado presentes en el lugar. En la experiencia ovetense, los sentidos son la puerta a ese proceso natural e histórico que los españoles estaban llamados a llevar a cabo para «sacar a la luz, hacer visibles y, por tanto, nombrables, las propiedades y posibles usos que la naturaleza americana» les reservaba (CARRILLO, 2004: 147). Así, el recurso a los sentidos trasciende el carácter testifical de su relato: cuando el cronista se refiere al valor gastronómico y medicinal de plantas y animales de las Indias occidentales o cuando se detiene en recrear los detalles de su belleza o su fragancia, lo hace en primera persona, desde sus propias percepciones y valoraciones, pero dentro de un proyecto que conecta con la misión política de la Monarquía Hispánica y el papel que el Nuevo Mundo desempeñaba en él.⁴

Para reproducir las sensaciones de la experiencia americana, el cronista acude a los cinco sentidos. Sus páginas están repletas de referencias al color, el sabor, el olor, el tacto y el oído, de modo que el lector pudiera hacerse una idea completa –visual, gustativa, odorífica, táctil y auditiva– de la naturaleza de las Indias occidentales. Estas referencias se acompañan, en muchos casos, de experiencias personales, tanto de indígenas como de españoles y, claro está, del propio cronista. Sin embargo, no todas las descripciones acuden a los cinco sentidos; de hecho, es algo excepcional y que encontramos únicamente en la *Historia* en el caso de la piña.⁵ En el porqué de las referencias sensitivas, visuales, gustativas o de otro tipo, que maneja Oviedo intervienen factores que nos llevan más allá de las necesidades del discurso. En el presente trabajo, se pretende desentrañar algunas de estas motivaciones, de esos porqués, más evidentes tal vez en algunos casos, pero no tanto en otros. La mirada se dirigirá principalmente a las descripciones de vegetales y animales presentes tanto en el *Sumario* como en la *Historia* –concretamente los libros VII a XV, ambos inclusive– sin olvidar, cuando resulte relevante, otros pasajes y otras obras ovetenses.

2. LA FUNCIÓN DE LOS SENTIDOS

En Oviedo, los sentidos son los canales por medio de los que el ser humano puede conocer la realidad (MARROQUÍN ARREDONDO, 2014, 2015). La experiencia sensitiva es la manera como una persona puede intentar desentrañar ese «*mare magno* e oculto» que es la naturaleza del Nuevo Mundo y llegar a comprender su naturaleza y esencia a partir de su nombre y propiedades:

lo que en esto se podría decir es un *mare magno* e oculto; porque, aunque se ve, lo más dello se inora, porque no se saben, como he dicho, los nombres a tales árboles, ni sus propiedades. Hay algunos dellos de muy buen olor e lindeza en sus flores,

4 En este sentido, resulta sugerente la perspectiva adoptada por TEGLIA (2020) en su trabajo sobre Oviedo y el archivo colonial.

5 El caso de la piña ya fue analizado por CARRILLO CASTILLO (2003) y, posteriormente, ha sido retomado por EGAÑA ROJAS (2015) y CORONADO SCHWINDT (2022), en este último caso, desde la *Historia* de los sentidos.

e olorosa la madera o cortezas; otros, de innumerables e diversas formas de frutas salvajes, que solamente los gatillos monos las entienden e saben las que son a su propósito. Otros árboles hay tan espinosos e armados, que no se dejan tocar con mano desnuda; otros, de mala vista e salvajes; otros, cargados de yedras e bejucos e cosas semejantes (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1992: I, 278).⁶

La vista, el olfato, el tacto, todos los sentidos contribuirán a conocer la naturaleza americana, pero no es tarea sencilla ni que se pueda llevar a cabo de una forma rápida. Lo que Oviedo está capacitado para afirmar es «muy poco en comparación de lo que se ha de decir e saber con el tiempo adelante», aunque se maraville de todo lo que se ha descubierto «en tan poca edad» (I, 278 y 279). La *Historia* es el compendio de lo que «en este tiempo está sabido en estas Indias» (I, 279). De hecho, como ya se ha mencionado, Oviedo fue completando su obra a lo largo de toda su vida, actualizando ese conocimiento adquirido. De igual modo, no es casual que la tercera y última parte de la *Historia* concluya con una nueva conceptualización del Nuevo Mundo como *mare magno* y con una advertencia. La referencia está relacionada con la idea, ya expuesta por Oviedo en otros lugares, de que el conocimiento del Nuevo Mundo será un proceso dilatado en el tiempo:

aunque fuere mucho más de lo escripto por mí, quedará lugar a quien en este oficio historiógrafo me subcediere para muchos más e más copiosos volúmenes de estas materias; porque no es aquesto relatar la vida de un príncipe, ni muchos, ni de un reino o provincias, sino una relación de Nuevo Mundo e un *mare magno*, en que no puede bastar la pluma ni estilo de uno, ni dos ni muchos historiales, sino de todos aquellos que hobiere e lo supieren hacer y escrebir en todos los tiempos e siglos venideros hasta el final juicio e fin de los humanos (V, 417).

Efectivamente, la escritura sobre la naturaleza americana no se agotaba en la *Historia* por él escrita y sería continuada por otros autores. Sin embargo, reivindicando su labor, su esfuerzo y sacrificio, Oviedo advierte al lector que no se deje engañar por «la malicia de algunos historiales, que hablan de las Indias sin verlas» porque solo la experiencia directa sobre el territorio, la percepción de la naturaleza de las Indias occidentales en primera persona, por medio de los sentidos, es lo que permite trasladar información veraz a un escrito centrado en esta materia (V, 417).⁷ Más aún. Incluso la propia experiencia no era garantía suficiente. Encontramos un ejemplo de ello en el pasaje en que Oviedo desautoriza y corrige a un religioso, el padre fray Blas del Castillo, que había descrito equivocadamente, en su opinión, el monte de Masaya (Nicaragua). El cronista aporta la descripción correcta y excusa al religioso afirmando que, incluso en las

⁶ La idea de un *mare magno* como imagen de la naturaleza americana aparece en Gonzalo Fernández de Oviedo en varias ocasiones en la *Historia* y ha sido abordada por MERRIM (1984), CARRILLO CASTILLO (2004), COELLO DE LA ROSA (2016) o EGAÑA ROJAS (2015), entre otros.

⁷ En el libro primero, que Oviedo escribe a modo de proemio de la *Historia*, explica cómo lo que él escribe es «historia verdadera e desviada de todas las fábulas que en este caso otros escritores, sin verlo, desde España, a pie enjuto, han presumido escribir con elegantes e no comunes letras latinas e vulgares, por informaciones de muchos de diferentes juicios, formando historias más allegadas a buen estilo que a la verdad de la cosa que cuentan; porque *ni el ciego sabe determinar colores, ni el ausente así testificar estas materias como quien las mira*» (I, 9, la cursiva es mía).

cosas que se miran desde cerca, unas personas y otras pueden tener impresiones distintas y entender «diferenciadamente por defecto de los mismos ojos, por la diferencia o porque el sentido es diferente en los hombres, o por otras causas que a este propósito se podrían dar» (IV, 401).

Oviedo, en este y otros lugares, reivindica no solo la experiencia y el haber sido testigo de vista, sino su propia autoridad como cronista de Indias. En el proceso de comprobación de la veracidad del discurso, Oviedo sitúa en una posición de centralidad la experiencia personal, individual, concreta, sensorial en definitiva, como fuente de conocimiento. Esta tradición aristotélica tiene especial sentido en el caso del Nuevo Mundo, donde Oviedo había reivindicado la experiencia como una fuente de conocimiento superior a la de un saber escolástico que poco podía ofrecer a la hora de descifrar un mundo del que nada sabía. Como dijera el propio cronista: «para qué quiero yo traer auctoridades de los antiguos en las cosas que yo he visto, ni en las que Natura enseña a todos y se ven cada día?» (I, 151) o de las que «ningund escríptor de los antiguos hace memoria» al desconocerlas (II, 41). No obstante, en ocasiones, los sentidos pueden confundirnos e, incluso, pueden estar atados,⁸ por lo que la experiencia debe someterse a un segundo sistema de verificación: la autoridad del propio cronista, servidor de la casa real (BARAIBAR, 2014).

3. A TRAVÉS DE LOS CINCO SENTIDOS

La incorporación de los sentidos a las descripciones de la flora y fauna americanas tiene varias funciones en Gonzalo Fernández de Oviedo: aportar detalles para que el lector pueda imaginar un ser que nunca ha visto y que, en muchos casos, nunca tendrá la oportunidad de ver en persona; enriquecer la imagen mental que los lectores pudieran elaborar de la maravilla americana; incidir en que las informaciones provienen de la experiencia vivida por el autor en el territorio y, por tanto, de su autoridad como emisor de conocimiento; y aumentar, con la acumulación de detalles, el efecto de verosimilitud, a pesar de lo maravillosa e inconcebible que pueda resultar aquella naturaleza.

Sin embargo, a lo largo de las descripciones que Oviedo realiza de estos elementos de la naturaleza, los cinco sentidos no desempeñan una función equivalente. CORONADO SCHWINDT (2018: 126-127) ha recordado cómo, desde la

⁸ Es interesante en este sentido un pasaje en el que Oviedo nos advierte cómo los seres humanos podían llegar a tener sus sentidos atados por otros saberes que les impedirían ver la realidad tal como es: «Ni se maraville alguno aquesta arte haber adquirido tan grandísima auctoridad, porque ella sola abraza en sí otros tres artes, los cuales, sobre todos, tienen el imperio de la vida humana. Porque, principalmente, ninguno dubda este arte haber venido de la medicina, como cosa más sancta e más excelente que la medicina, y en aquesta forma, a sus promesas, muy deseadas y llenas de halagos, haberme juntado la fuerza de la religión. E después que aquesto le subcedió, juntose con esto el arte matemática, la cual puede mucho en los hombres, porque cada uno es deseoso de saber las cosas futuras e por venir, e creen que verdaderamente se puedan entender del cielo. Así que, tal arte habiendo atado los sentidos de los hombres con tres ñudos, ha llegado a tanta sublimidad o altura, que aún hoy ocupa la mayor parte de la gente, y en el Oriente manda a rey de reyes» (I, 113. En este particular, Oviedo, curiosamente, sigue las palabras de Plinio en su *Historia natural*).

Antigüedad clásica, el sentido que se había considerado superior era la vista, seguido del oído y quedando relegados a un plano inferior el olfato, el gusto y el tacto.⁹ A pesar de ello, en las descripciones de la naturaleza americana de Gonzalo Fernández de Oviedo, los sentidos más presentes son la vista y el gusto, y, en menor medida, el olfato, el oído y, sobre todo, el tacto.¹⁰

3.1. La vista

Como era de esperar, con carácter general, Oviedo refiere en primer lugar las características visuales del objeto o ser descrito. Como él mismo afirma, «los ojos son mucha parte de la información destas cosas» (I, 268). Además, en última instancia, contemplar la grandiosidad de la naturaleza americana era ver la magnífica obra de Dios.¹¹ El cronista construye, a través de la forma, del color o de referencias físicas a los distintos elementos, una descripción de los componentes principales o más característicos de cada especie. Además, en algunos casos, Oviedo acompaña la descripción con un dibujo que explicita su recreación. Así lo explica cuando describe el cacao, del que incluye en su *Historia* dos figuras

porque yo deseo mucho la pintura en las cosas de historia semejantes, e que en nuestra España no son tan usadas, quiero aprovecharme della para ser mejor entendido, porque, sin dubda, los ojos son mucha parte de la información destas cosas, e ya que las mismas no se puedan ver ni palpar, mucha ayuda es a la pluma la imagen dellas (I, 268).

Oviedo selecciona, en cada ocasión, los aspectos que va a describir y obvia, en cambio, otros. Su motivación primera se centra en el objetivo de crear una imagen mental en sus lectores (RUBIÉS, 2008). Como afirma RUBIÉS (2008: 337), lo más frecuente en este tipo de obras era que un grabador europeo realizara los dibujos a partir de las descripciones de quien hubiera podido ver, por su propia experiencia, una realidad completamente nueva como la americana. Oviedo, en un juego retórico de *captatio benevolentiae*, lamenta su escasa habilidad para el dibujo, pero es él quien incorpora estas imágenes a su relato, de modo que la suma de ambos, es decir, «la significación del dibujo y mis palabras» sean suficientes «para que otro los sepa poner más al natural» (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1992: I, 268). En realidad, Oviedo se reivindica como un informador capaz de que el lector se haga una idea razonable de las especies americanas a partir de la información, escrita y gráfica, que él le ofrece. Él es, en definitiva, la fuente textual e icónica que

⁹ En este sentido, es muy interesante la apreciación de GONZÁLEZ SÁNCHEZ (2007: 64 y ss.) sobre la preponderancia de la vista sobre otros sentidos, particularmente el oído, en la transmisión del conocimiento y la verdad en los relatos de viajes renacentistas. Ver, en este mismo sentido, CERTEAU (1999: p. 226).

¹⁰ CORONADO SCHWINDT (2022), analizando la descripción que Oviedo hace de la piña, explica el papel que el gusto, vinculado al olfato, tiene en el recurso a los sentidos que hace el cronista.

¹¹ CARRILLO CASTILLO (2004: 167 y 171) puso de relieve cómo Oviedo entendió la contemplación de la naturaleza americana como evidencia de la creación divina, «la obra del mejor pintor», convirtiendo el mundo natural «en espectáculo para la mirada, en objeto de legítimo deseo visual».

mejor puede trasladar la experiencia de la naturaleza americana a sus lectores.¹²

Sin perder de vista este objetivo, Oviedo desarrolla cada descripción deteniéndose, en mayor medida, en aquellos casos en los que hay una razón por la excepcionalidad de una especie o por lo especialmente significativo de alguno de sus componentes. En el caso de los árboles y las plantas, en un momento de su relato sobre los frutales originarios de las Indias occidentales, al hablar del macagua, explica cómo no siempre refiere la forma de las hojas. Oviedo es plenamente consciente de ello y únicamente lo hace en los árboles que las tienen «extremadas, o muy diferentes de los otros», es decir, cuando es significativo para su estrategia descriptiva centrada en la maravilla porque

en estas Indias hay millones de árboles que tienen las hojas muy semejantes e de la manera que el nogal, salvo que o son mayores o menores, o algo más o menos anchas, o más gruesas o delgadas, o más o menos verdes; e debajo desta generalidad, se parecen muchos árboles unos a otros, non obstante lo cual, los hombres del campo que tractan estas cosas, los saben distinguir e conoscer, o en la corteza o espesura de las hojas, o en la fructa, o en la flor e otras particularidades en que se apartan e diferencian e se dan a conoscer (I, 255-256).

Siguiendo con el sentido de la vista, un caso interesante de excepcionalidad en la forma de las hojas de un árbol es el del caimito. El cronista se detiene en él porque es muy fácilmente reconocible, si alguien lo ha visto antes, por el color y la forma de sus hojas: «cuasi redondas, e de la una parte están verdes, e de la otra de una color que parece que están secas o como chamuscadas» (I, 251). Otro ejemplo es el uvero –o guíabara–, por tener «tan diferente e señalada hoja entre todas las otras» que ha querido recogerla y dibujarla (I, 256). La originalidad de la hoja del uvero residía en que los españoles la habían utilizado para escribir en ella con un alfiler cuando no tenían acceso a papel y tinta.

No obstante, Oviedo no siempre describe las características formales, visuales, de animales y plantas. No faltan ocasiones, como en la descripción del azuba, en las que Oviedo no se esfuerza por recrear la imagen del árbol más allá de términos muy genéricos. El azuba es un árbol «gentil e grande» y su fruta «extremada o apartada de todas las que yo he visto» (I, 256). El capítulo se limita a unas pocas líneas y su interés se orienta más a explicar una sustancia («leche») que sale del fruto y que es muy pegajosa «como la que les sale a los higos verdes de los pezones» (I, 256) y a valorar la calidad de su madera. Aun así, a pesar de la escasa utilidad que el cronista encuentra en esta especie, no deja de informar sobre el

12 En el proemio del libro décimo de la primera parte, Oviedo comienza aludiendo a un árbol al que se refiere como un «monstruo entre árboles» y afirma que va a explicar «lo que de él he comprendido, remitiéndome a quien mejor lo sepa pintar o dar a entender, porque es más para verle pintado de mano de Berruguete y otro excelente pintor como él, o aquel Leonardo de Vince, o Andrea Manteña, famosos pintores que yo conocí en Italia, que no para darle a entender con palabras. E muy mejor que todo esto es para visto que escripto ni pintado» (II, 7). Esta referencia no contradice la autoridad ovetense, sino que, al contrario, la refuerza: sin duda, figuras tan relevantes de la pintura de su época podrían pintar este ejemplar con una técnica muy superior, pero Oviedo, al contrario que ellos, lo había podido ver, lo había contemplado en persona.

sabor de sus frutos, en este caso, similar a las cermeñas, una especie de peras.¹³ En otros casos, busca qué utilidad o utilidades o qué aspectos excepcionales puede detallar porque «ninguna cosa cría Natura superflua o sin algún provecho, y si para unas cosas no sirven otras, es por no saberlas aplicar» (I, 257).¹⁴

Oviedo no se detiene en aspectos visuales cuando describe los árboles que se han llevado a América desde el Viejo Mundo. La familiaridad del lector con estas especies lo hace innecesario, salvo cuando en las Indias occidentales existen variantes autóctonas similares, por ejemplo, el caso de la cañafístola, o cuando la especie en cuestión recibe un nombre que no es el correcto, como ocurre con el plátano. En América, existía ya una especie de cañafístola antes de que se llevara de España, aunque «muy gruesa y casi vana» (I, 247). Por contra, la planta que en Indias se conoce como plátano no lo es en realidad. Ambos aspectos requieren de mayor explicación y desarrollo y, por ello, Oviedo se detiene en varios detalles y acompaña su texto con sendas imágenes y con referencias tanto visuales como gustativas a ambas especies. En cambio, Oviedo no encuentra nada significativo cuando refiere las características visuales de otras especies como la caña de azúcar, las palmas, membrillos, naranjos u otros cítricos al no haber ambigüedad posible.

3.2. El gusto

Habitualmente, tras describir las características visuales, Oviedo se detiene en las gustativas. Las referencias al sabor de especies vegetales y animales están relacionadas con la función utilitaria y clasificatoria de los escritos ovetenses.¹⁵ Esta es la razón por la que el gusto se antepone al oído en sus obras, a pesar de la jerarquía sensorial que imperaba en aquellos momentos y que procedía de la Antigüedad clásica. Así, hay especies de «buen gusto», como la tuna (I, 265), el mamey (III, 328) o el beorí (II, 43); de «suave gusto», como el plátano (I, 248) o el coco; de «lindo sabor e gusto» como el munonzapot o níspero (I, 262); o «no de mal sabor», como el mamón (I, 277). Otras, por el contrario, se caracterizan por una «carne sucia e de mal sabor», como la del oso hormiguero (2010: 171); por su «mal sabor» como unas aves marinas que «tanto sabían a pescado como a carne» (V, 362); o por su «muy mala carne y peor sabor» (2010: 218) como las gallinas olorosas.¹⁶ Sin embargo, las valoraciones negativas en cuanto al sabor de las distintas especies son menos frecuentes en las descripciones del cronista.

13 La comparación con animales o plantas europeas cuando se trata de especies naturales de las Indias Occidentales, desconocidas para los lectores, es un recurso frecuente al apelar a referencias de cualquiera de los cinco sentidos. Se trata, como dijera BURKE (2001), de domesticar lo exótico por medio de la analogía.

14 CARRILLO CASTILLO (2004: 144) ya se refirió al hecho de que para Oviedo las especies americanas «no podían ser ni accidentes ni monstruosidades», eran «la naturaleza propia del lugar» aunque, como el propio cronista dijera, «solamente los gatillos monos las entienden e saben las que son a su propósito».

15 Sobre este particular y sobre la voluntad clasificadora de animales y vegetales de las Indias Occidentales en las obras de Gonzalo Fernández de Oviedo a través de su potencial gastronómico, ver el sugerente trabajo de EGAÑA ROJAS, 2015. Sobre la «utilidad como principio de clasificación» en Oviedo, ver LAÍN ENTRALGO (1979: 40; 1986: 107) y PARDO-TOMÁS y LÓPEZ TERRADA (1993: 88).

16 Se trata de los zopilotes que Oviedo no recogió en la *Historia*.

De hecho, en varios casos, considera que hay especies que, en momentos de necesidad, siendo comestibles, no eran del todo desagradables, como los bihaos (I, 237), el magüey (I, 238) o unas palmas de Tierra Firme (I, 282). En este caso, como en el de la vista, Oviedo compara las distintas especies con otras conocidas por los españoles, de modo que el lector pudiera recrear el sabor, si no en sus papilas gustativas, sí al menos en su imaginación. Así, «los ajes tienen sabor de castañas muy buenas» (I, 234), la guama sabe como la algarroba (I, 254), la macagua se asemeja a la cereza (I, 255), el corí a un gazapo (II, 30) y el encubertado es de mejor gusto que un cabrito (II, 48); aunque no faltan especies a las que, como los lirenes, no encuentra similitud ni en la forma ni en el sabor (I, 239).

Hay especies de las que Oviedo simplemente afirma ser un buen manjar, sin comparación con animales concretos. Lo hace, por ejemplo, en el caso de las especies extinguidas de las islas (perro gozque, hutía, quemí, mohuy), pero como no puede testificarlo en primera persona, al no haber visto ni gustado dichas especies, lo refiere según se lo relatan quienes, llevando mucho tiempo en la isla Española, las vieron y comieron (II, 29 y ss.).¹⁷ Y hay también especies de cuyo sabor no informa al no haber sido objeto de interés culinario (león, gato cervical, león pardo, lobo, raposa...). Su utilidad, en estos casos, se centra en el valor de sus pieles, fundamentalmente.

Hay pasajes, igualmente, en los que el desinterés de Oviedo por una determinada especie tiene motivaciones de otro orden. De hecho, la valoración gastronómica que hace a partir del sabor de los frutos es distinta si satisface a los españoles o si no lo hace. Uno de los capítulos más breves de estos libros es el dedicado al maní, fruto «de mediocre sabor e de poca substancia», del que hay mucha cantidad y que es común entre los indios, aunque los cristianos «poco caso hacen della» (I, 235). Hay otros casos, no obstante, en que, aunque Oviedo desprecia el aspecto gastronómico, porque no es del agrado de los españoles, concede cierto valor a la especie en la medida en que representa un buen mantenimiento para los indios. Así ocurre con la yahutia, que sabe «muy mejor a los indios que los cristianos», porque no es «manjar para desearle ni hacer caso dél, sin necesidad» (I, 235); y también, hasta cierto punto, con los ajes que, al ser «de menos costa e tiempo», algunos dan «a sus indios o negros» y que «es gentil fructa para los cristianos», solo porque la comen ocasionalmente (I, 235). Pero el caso más relevante, en este sentido, tal vez sea el del ñame, que Oviedo califica como una fruta extranjera por haber sido llevada a las Indias occidentales por «esta mala casta de los negros» (I, 244). El ñame es, simplemente, similar al aje, aunque algo mayor. Y a esta imagen tan poco precisa añade que se hace mucho y es «provechosa y buen mantenimiento para los negros» (I, 244).

Al respecto del ñame, desde otro punto de vista, es interesante analizar la acepción que Oviedo expresa sobre lo que considera extranjero. El cronista no emplea este término para las especies llevadas a las Indias occidentales desde España. Explicita su distinta condición al no ser especies naturales de aquellas

¹⁷ A este respecto, incorpora una anécdota cuando habla de los perros gozques de Nicaragua, en la que explica cómo probó esta especie y cómo, tras haberlo hecho, le dijeron qué era: «como quien lo ha probado, digo que me supo bien e que quisiera que me avisaran más tarde» (II, 30).

tierras, bien fueran cultivadas o «nascidas por la diligencia de la Natura» (I, 236). Pero no las cataloga como ajenas al espacio americano, que interpreta como español:

¿En cuál tierra se oyó ni se sabe que, en tan breve tiempo, y en tierras tan apartadas de nuestra Europa, se produciesen tantos ganados e granjerías, y en tanta abundancia como en estas Indias ven nuestros ojos, traídas acá por tan amplísimos mares? Las cuales ha rescebido esta tierra no como madrastra, sino como más verdadera madre que la que se las envió (I, 8)

Oviedo se posiciona como un español que emite su discurso desde las Indias occidentales, donde encuentra una naturaleza distinta de la que conocía, pero donde lo español no es extranjero, con lo que queda relegada esta consideración para aquello que hubiera sido trasladado a territorio americano por quienes fueran ajenos a la Monarquía Hispánica.¹⁸ Los indígenas eran, en definitiva, súbditos del monarca castellano, pero no así los esclavos llevados desde el continente africano.

En esta misma línea, el aspecto determinante en cuanto al valor que Oviedo concede a cada especie es el reconocimiento que hacen de ella los españoles, y, en ocasiones, una opinión puramente personal. Lo podemos comprobar, entre otros ejemplos, en el anón. Los indios cultivan este árbol en sus lugares y lo «tienen por de los mejores», pero no es esta cuestión la que hace que Oviedo se detenga en él, nos describa su imagen y el sabor de su fruta y acompañe el texto con una imagen. Oviedo interviene explicando que él tiene «más amistad» con la fruta que con la carne u otros alimentos, y está convencido, aunque otras personas piensen de manera diferente, de que es muy buena fruta, mejor incluso que la guanábana de la que ha hablado en el capítulo anterior (I, 258). Esta parece ser la razón por la que aporta más detalles que en otros casos y por la que acompaña su descripción con un dibujo. Algo similar ocurre con el cacao, descrito con sumo detalle por parte del cronista y a cuyo aceite, tal y como relata, debía la completa curación de una importante herida que se había hecho en la planta del pie. Más aún, la capacidad curativa del aceite de cacao había sido del interés del emperador, que le había preguntado al respecto cuando el propio Oviedo, en uno de sus viajes a España, regaló una pequeña cantidad a la emperatriz (I, 278-279).

Podemos ver, por tanto, una gradación en la valoración de las especies dependiendo de quién es su probable consumidor o destinatario y esto afecta, en última instancia, a la forma en que el cronista recurre a los sentidos en la descripción de la naturaleza americana, al detenerse en unos u otros aspectos y al aportar más o menos detalles sobre su apariencia, sabor, valor y utilidad. A pesar de que Oviedo va construyendo un nuevo espacio de experiencia a partir de su vida en el territorio americano y a pesar de incorporar en su discurso el valor de la experiencia indígena sobre el propio territorio, en sus descripciones y en sus

18 LAÍN ENTRALGO (1979: 40 y ss.) llamó la atención sobre el «antropocentrismo e hispanocentrismo» que Oviedo proyecta en sus descripciones de la naturaleza americana, hasta el punto de que «la utilidad para todos los hombres y la relación con la empresa universalizadora y evangelizadora de los españoles serán los criterios taxonómicos decisivos».

valoraciones sobre cada especie es la relevancia otorgada por los españoles (y por su propio yo) la que resulta determinante.¹⁹

3.3. El olfato

Si las referencias a lo visual y gustativo de las especies americanas son las más frecuentes, las incorporaciones del sentido del olfato no están ausentes en las descripciones de Gonzalo Fernández de Oviedo, aunque sean menos habituales. En algunas ocasiones, el olor es complementario al sentido del gusto y simplemente lo refuerza. Así, la fruta del hobo es «buena e de buen sabor e olor» (I, 250), la del guayabo «de buen olor e sabor» (I, 258) y la del níspero, por ejemplo, es «del más lindo sabor e gusto que se pueda pensar» porque «en metiéndola en la boca, tan presto como el diente la siente, encontinentemente que entre la dentadura se comienza a partir, al momento sube un olor a las narices e cabeza, que el algalia o almizque no se le iguala, y este olor ninguno le siente ni huele sino el mismo que come la fruta» (I, 262).²⁰

La mayor parte de las referencias que Oviedo hace al olor, vinculado a una especie americana, es en sentido positivo («muy buen olor», «suave olor», «gentil olor»). Es así también cuando su aroma queda disociado del gusto, en usos no culinarios: los cogollos de las ramas del hobo –que se cocían para afeitarse o aliviar el cansancio o la pesadez de las piernas (I, 250)–, la curi-á –de olor similar al trébol y que, entre otros usos, se empleaba para rociar la ropa y «ponerla de buen olor» (II, 23)– o el cedro, entre otros.

El mal olor o, incluso, el hedor se explicita en el discurso, en cambio, cuando se trata de la seña de identidad más característica de una especie. Estas referencias, al igual que las anteriores, contribuyen a alimentar la idea de la maravilla de la naturaleza americana, aunque sea en sentido negativo. Es el caso de la zorrilla hedionda o maperiti –una mofeta–, que el cronista menciona al describir «tres animales notables» que se habían visto en la provincia de Paria (II, 430) y sobre el que regresa para contar una anécdota de un español que había tenido un encuentro con uno de estos especímenes y el tiempo que había tardado en librarse del mal olor (IV, 431-432).

Además, así como al referirse al sentido del gusto Oviedo marcaba diferencias entre el valor que españoles e indígenas daban a algunos alimentos, en cuanto al olor, también hay ocasiones en que lo que a unos resulta agradable, a otros en cambio no tanto. Así ocurre con el goaconax o árbol del bálsamo, cuya madera utilizaban los indios para elaborar antorchas e ir «de noche a pescar con tizones

19 En opinión de PARDO-TOMÁS y LÓPEZ TERRADAS (1993: 96), Oviedo, desde un «criterio de utilidad» presenta «las posibilidades que la naturaleza americana ofrecía al colonizador europeo» (el texto fue publicado nuevamente por PARDO-TOMÁS en 2002).

20 Podemos ver esta imbricación entre el sabor y el olor, habitual por otro lado, también de forma explícita en el caso de la fruta que los indígenas llamaban «agoreros»: si está madura, cuando se come, «sabe o sube a las narices un olor de almizcle o más suave» (I, 276).

desta leña, y en rajándole, huele bien, pero no a los indios; antes les aborresce su olor» (II, 11).²¹

Y hay también casos en que el olfato –y la propia vista– pueden engañar a quien desconoce la verdadera esencia de algunas especies. Es el caso del manzanillo, de cuyo fruto, mezclado con otros componentes, los indios hacían veneno para sus flechas. La fruta (bautizada como «manzanillas olorosas» en el *Sumario*) «no hay hombre que la vea, si no la conoce, que le falte deseo de se hartar della, porque su vista e olor es para convidar a ello» (I, 291). Sin embargo, el simple hecho de reposar bajo la sombra de este árbol producía dolor de cabeza y consecuencias más graves.²² Otro caso en este mismo sentido es el de las gallinas olorosas, ya mencionado, que «huelen como almizcle y muy bien en tanto que están vivas y como las matan pierden aquel olor» siendo, en realidad, de muy mal sabor (2010: 218).

3.4. El oído

La excepcionalidad vuelve a ser, en el caso del oído, el aspecto que Gonzalo Fernández de Oviedo quiso destacar en sus descripciones de algunas especies animales americanas, tal y como había ocurrido con la mofeta en lo relativo al olor. Seguimos, por tanto, en ese contexto de la maravilla en el que el cronista tan bien se desenvuelve. Así, Oviedo explica cómo, en las tierras del sur del Perú, vive un gato monillo que algunos tenían por mascota y que

cantaba como un ruiseñor o una calandria, comenzando pasito a gorjear, e poco a poco, alzando las voces, mucho más que lo suelen hacer las aves que he dicho, e con tantas o más diferencias en su canto, que era oírle una muy dulce melodía o cosa de mucho placer e suavidad escucharle (I, 223).

Otro ejemplo es el perico ligero ('perezoso') que «antes le llamara yo perico-músico», nos dice Oviedo:

Su voz es muy diferente de todas las de los otros animales del mundo, y de noche solamente suena, y toda la noche, en continuado canto, de rato en rato, o con medida de pausas, cantando seis puntos uno más alto que otro, siempre bajando, así que el más alto punto es el primero, e de aquel baja disminuyendo la voz o menos sonando como quien dijese la..., sol..., fa..., mi..., re..., ut... (II, 48-49).

Pero, en las Indias occidentales, el lector podía hallar animales que se caracterizaban no solo por la belleza o la nocturnidad de su canto sino, también, por su silencio. Oviedo encuentra en la ausencia de sonido de animales como la iguana o el perro mudo una característica reseñable y novedosa y, por este motivo,

²¹ Otro ejemplo, a la inversa, lo podemos encontrar en la hija, planta de la que los indígenas extraían una pintura (al igual que de la xagua) para pintarse con ella mezclándola con «ciertas gomas, porque pegue mejor, y huelen mal, y a los indios les es grato aquel olor» (I, 253).

²² ÁLVAREZ LÓPEZ (1942: 219, nota 77) identificó la especie como *Hippomane mancinella* L., de la familia de las euforbiáceas.

se detiene en ello al describirlos. En la isla Española, cuando llegaron los primeros conquistadores, los indios tenían unos perros domésticos de muy distintas formas, pero con un elemento común: todos eran mudos, pues no sabían ladrar. Oviedo, en este punto, tal como se ha señalado previamente, busca sorprender al lector con aspectos novedosos, extraordinarios y, al mismo tiempo, introduce en el relato informaciones que autoricen, que respalden la veracidad de sus palabras: «Cuanto al no ladrar estos perros, seyendo cosa tan natural a los gozques e perros de todo género –dice Oviedo–, es grande novedad, habiendo respecto a los de Europa e de las más partes del mundo» (II, 31). Consciente de lo extraño que era que un perro no supiera ladrar, el cronista aporta todo un abanico de autoridades. La primera, la de un poeta moderno que conoció en Italia, Serafín del Águila, que en un soneto se había referido a la belleza de la naturaleza, precisamente por su variedad: «Per tropo variar, natura è bella». La segunda, Plinio, que ya había escrito sobre unas ranas de Cirene que también eran mudas. Y la tercera, el propio Oviedo, que había llevado uno de estos perros desde Nicaragua a Panamá y siempre permaneció mudo (II, 31).²³

3.5. El tacto

El sentido del tacto es referido por Oviedo de forma muy ocasional. Es, sin lugar a duda, el sentido que menos información aporta al lector a la hora de construir esa imagen mental que el cronista busca. Oviedo se refiere al tacto utilizando la palabra «palpar» para evidenciar que el lector que no conoce las Indias no puede tocar las especies de las Indias occidentales al describir el cacao, como forma de poner en valor el dibujo que él incorpora junto a su texto: «e ya que las mismas no se puedan ver ni palpar, mucha ayuda es a la pluma la imagen dellas» (I, 268).

El tacto aparece en las descripciones ovetenses en dos contextos básicamente. El primero de ellos, vinculado a las propiedades gastronómicas y el gusto, al aportar información sobre la textura de distintos alimentos: por ejemplo, la fruta del hicaco se pega a las encías (I, 255). Y el segundo, cuando un determinado animal o vegetal se caracteriza de forma especial por ser punzante o espinoso y, en consecuencia, no poderse tocar o tener que hacerlo con ciertas medidas de protección. Así ocurre al describir la frondosidad de la naturaleza americana en el proemio del libro noveno, sobre los árboles salvajes: algunos de los árboles se caracterizan, precisamente, por ser «tan espinosos e armados que no se dejan tocar con mano desnuda» (I, 278). La imagen de las espinas es lo que quiere destacar Oviedo, porque contribuye a recrear una idea cercana a la característica principal de algunas especies. Es el caso de unos cardos que los indígenas llaman dactos y los españoles cirios, que son «muy espinosos e salvajes, que no hay en ellos parte de donde se puedan tocar, sin muy fieras espinas» (I, 264). El tacto es

²³ En este mismo sentido de resaltar el silencio de un animal, son interesantes las descripciones de la iguana: «tan callado animal, que ni grita, ni gime, ni suena, y está atado a doquier que le pongan, sin hacer mal alguno ni ruido, diez o veinte días e más» (II, 33); o del perezoso.

útil también a Oviedo, finalmente, para aportar algún detalle sobre el pelaje o la piel de algunos animales cuando es áspero, en sentido contrario a liso o suave (puercos de agua, II, 374; coriés, III, 60; u osos hormigueros, III, 129).

3.6. Vista, gusto, olfato, tacto, oído

Hemos analizado hasta ahora la forma en que Oviedo incluye los distintos sentidos en sus descripciones de la naturaleza de las Indias occidentales, así como los objetivos que persigue en cada caso. En sus obras de temática americana, el cronista madrileño solo hace una referencia explícita a los cinco sentidos, conjuntamente, al referirse a una especie: el pasaje en el que describe las excelentes características de la piña. Se trata, como veremos, en buena medida, de un recurso literario con el que Oviedo hace un compendio de las distintas funciones que pueden tener las referencias sensoriales en sus descripciones de la naturaleza americana. En este pasaje, Oviedo se dirige a todos los sentidos del lector. La piña posee «hermosura a la vista, suavidad de olor, gusto de excelente sabor» y, aun en el palpar, se pueden destacar sus características: «en excelencia participa destas cuatro cosas o sentidos sobre todas las frutas e manjares del mundo» (I, 240). La figura literaria de Oviedo necesita completar los cinco sentidos y precisa de una alusión también al oído. Por ello, aunque, evidentemente, «la fructa no puede oír ni escuchar», «podrá el letor, en su lugar, atender con atención lo que desta fructa yo escribo» (I, 240). Oviedo se está refiriendo realmente a la lectura, en un fenómeno ya resaltado por Frenk sobre la estrecha asociación del leer con el oír (FRENK, 1997: 52-54), pero la identificación, en este caso, le da la oportunidad de completar las magníficas características de la piña teniendo en cuenta los cinco sentidos. De este modo, el cronista traslada a sus lectores una experiencia plena que pretende certificar que la piña es la mejor fruta de todas las conocidas.²⁴ Él mismo, personalmente, deja constancia de ello porque ninguna se le puede comparar en España, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Sicilia o el resto de estados del Imperio ni en los jardines y huertas de Fernando I de Nápoles, del duque de Ferrara, de Ludovico Sforza.

Es, como decía, un caso único que no viene requerido, en esta ocasión, por la imagen mental que el cronista quiere recrear sino por una cuestión de carácter literario, que completa la excepcionalidad de la fruta por medio de referencias a los cinco sentidos. Por qué la piña y no otros casos es algo para lo que no he hallado una respuesta plausible.

²⁴ De hecho, Oviedo explica cómo su recurso a los sentidos no se debe entender como aplicado a la fruta «que no tiene ánima, sino la vegetativa y sensitiva, y le falta la racional», sino que «hase de entender en el ejercicio y persona del que la come» (I, 240).

4. CONCLUSIONES

Los relatos se construyen con la suma de varias tramas en las que inciden distintas motivaciones, moduladas por las normas y convenciones de cada género. Gonzalo Fernández de Oviedo no es una excepción cuando elabora su historia natural del Nuevo Mundo. El recurso a los distintos sentidos que va incorporando en sus descripciones está mediatizado no solo por el afán de conocimiento y de recopilación de información sino que, en ello, intervienen también su espacio de experiencia, su escala de valores y las distintas motivaciones que predisponen su pensamiento a la hora enfrentarse al reto de recrear una naturaleza radicalmente nueva para sus lectores europeos.

Así, entre los animales y vegetales que describe en sus páginas, hay algunos que despiertan su interés de una forma muy evidente. En ellos, se detiene y se recrea a la hora de trasladar al lector una idea vívida de su imagen, sabor, aroma, tacto y sonido, una vivencia sensitiva plena –en la medida de lo posible– de la naturaleza americana. En otros casos, en cambio, una planta o árbol, por ejemplo, es objeto de su desprecio por el escaso interés que despierta en los españoles, ya sea por la ausencia de un valor gastronómico o de una utilidad práctica conocida o por su origen extranjero y su vinculación a la población esclava de origen africano –como ocurre en el caso del ñame–. Estos aspectos, propios del espacio de experiencia europeo ovetense, inciden en la posición que adopta el cronista ante la descripción de seres y objetos, y modulan su recurso a los sentidos. Desde esta perspectiva, vista, gusto, tacto, olfato y oído tienen una potencialidad distinta, no equivalente: los dos primeros aparecen insistentemente en las descripciones con el objetivo de que los lectores identifiquen visualmente las distintas especies y conozcan el valor gastronómico que tenían. Olor y tacto, en cambio, quedan en un segundo plano, salvo en casos concretos, porque la información que aportan es menos representativa en ese enfoque utilitario que tan presente tuvo el cronista. Y, finalmente, el oído queda relegado a unos pocos casos, identificado en ocasiones con el propio acto de lectura.

Pero, además, no es la propia experiencia americana la que lleva a Oviedo a incorporar a su discurso referencias a uno u otro sentido. La vista, el gusto, el olor de la naturaleza americana no están presentes en sus textos por ser un requisito de la propia experiencia personal sino que aparecen modulados por la función que desempeñan en el relato al tratar de conseguir una determinada reacción por parte del público lector. El recurso a los distintos sentidos viene determinado, pues, por la capacidad que tienen de generar una imagen mental más completa que la puramente visual en quienes accedieran a las páginas de sus obras. Hay una intencionalidad literaria, retórica, en la forma en que Oviedo selecciona los elementos más significativos de las distintas especies descritas; una intencionalidad vinculada, además, a la voluntad de resaltar la especificidad, el carácter novedoso, distinto y superlativo de la naturaleza americana, ya fuera en sentido positivo (en la mayor parte de los casos) o negativo (por su peligrosidad...).

No parece, en definitiva, que en Oviedo podamos encontrar una técnica descriptiva de voluntad científica o metódica, un objetivo clasificatorio, como

ocurrirá posteriormente. El recurso a los elementos que menciona y especifica de cada especie queda supeditado a sus estrategias descriptivas, a la forma en la que quiere recrear cada ser y cada objeto en la imaginación del lector o, incluso, a formulaciones literarias más o menos desarrolladas, como en el caso de la piña. Al describir la naturaleza americana con los cinco sentidos, el cronista nos muestra también sus intenciones, sus estrategias y el juicio de valor que proyecta sobre la realidad americana desde la empresa de la Monarquía Hispánica, a cuyo servicio se encuentra y para la que escribe.

5. REFERENCIAS

- BARAIBAR, Á. (2011): «La Naturaleza en el discurso indiano: la construcción de un espacio de experiencia americano», en B. CASTANY; B. HERNÁNDEZ; G. SERÉS GUILLÉN; M. SERNA ARNÁIZ (eds.), *Tierras prometidas. De la colonia a la independencia*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Bellaterra: 9-30.
- BARAIBAR, Á. (2014): «El concepto de autoridad en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Hispanófila*, 171: 45-57.
- BARAIBAR, Á. (2022): «Las funciones del lector en la narrativa de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Colonial Latin American Review*, 31 (1): 57-73. doi: <https://doi.org/10.1080/10609164.2022.2036004>.
- BRENDECKE, A. (2016): *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main.
- BURKE, P. (2001): *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*, Crítica, Barcelona.
- CARRILLO CASTILLO, J. (2003): «Naming Difference: The Politics of Naming in Fernandez de Oviedo's *Historia general y natural de las Indias*», *Science in context*, 16 (4): 489-504. doi: <https://doi.org/10.1017/S0269889703000930>.
- CARRILLO CASTILLO, J. (2004): *Naturaleza e Imperio. La representación del mundo natural en la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Ediciones Doce Calles, Aranjuez.
- CARRILLO CASTILLO, J. (2007): «The Eyes of the New Pliny: The Use of Images in Gonzalo Fernández de Oviedo's *Historia general y natural de las Indias*», en D. ATTENBOROUGH; S. OWENS; M. CLAYTON; R. ALEXANDRATOS (eds.), *Amazing Rare Things: The Art of Natural History in the Age of Discovery*, Yale University Press, New Haven: 109-125.
- CERTEAU, M. de (1999): *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México.
- COELLO DE LA ROSA, A. (2016): «El proceso de escritura del *Sumario* (1526) de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en el seno de circulaciones y transferencias culturales con el humanismo italiano», *Pedralbes*, 36: 143-178.
- CORONADO SCHWINDT, G. (2018): «Percibiendo el nuevo mundo a través de los sentidos: Gonzalo Fernández de Oviedo (1492 y 1536)», en G. RODRÍGUEZ; M. ZAPATERO; M. LUCCI (dirs.), *Sentir América. Registros sensoriales europeos del*

- Atlántico y de América del Sur (siglos XV y XVI)*, Universidad Nacional de Mar del Plata/Academia Nacional de la Historia, Mar del Plata/Buenos Aires: 116-160.
- CORONADO SCHWINDT, G. (2022): «Las tramas textuales y sensoriales de la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo (1492-1535)», *Vegueta*, 22 (2): 481-497. <https://doi.org/10.51349/veg.2022.2.06>
- EGAÑA ROJAS, D. A. (2015): «Comerse las Indias. La alimentación como clave clasificatoria del Nuevo Mundo en la obra de Fernández de Oviedo», *Anuario de estudios americanos*, 72 (2): 579-604. doi: <https://doi.org/10.3989/aeamer.2015.2.07>.
- FRENK, M. (1997): *Entre la voz y el silencio: la lectura en tiempos de Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares.
- GERBI, A. (1992): *La naturaleza de las Indias Nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, C. A. (2007): *Homo viator, homo scribens. Cultura gráfica, información y gobierno en la expansión atlántica (siglos XV-XVII)*, Marcial Pons, Madrid.
- KOSELLECK, R. (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Ediciones Paidós, Barcelona.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1979): «Fernández de Oviedo ante la naturaleza del “Nuevo Mundo”», en *Sesión de apertura del curso académico 1978-1979*, Instituto de España, Madrid: 215-230.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1986): «Fernández de Oviedo como naturalista», en P. LAÍN ENTRALGO, *Ciencia, técnica y medicina*, Alianza, Madrid: 97-113.
- LLARENA GONZÁLEZ, A. (1994): «Un asombro verbal para un descubrimiento: los cronistas de Indias (Colón, Cortés, Bernal, Las Casas)», en J. ORTEGA ÁRBOL; J. AMOR Y VÁZQUEZ; R. OLEA FRANCO (coords.), *Conquista y contraconquista, la escritura del Nuevo Mundo: actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, El Colegio de México, México: 117-126.
- MARROQUÍN ARREDONDO, J. (2014): *Diálogos con Quetzalcóatl: humanismo, etnografía y ciencia (1492-1577)*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid.
- MARROQUÍN ARREDONDO, J. (2015): «Sensual abuela: la historiografía de Gonzalo Fernández de Oviedo en los orígenes de la ciencia moderna», *Alteridades*, 25 (50): 81-93.
- MARROQUÍN ARREDONDO, J.; BAUER, R. (eds.) (2019): *Translating nature: Cross-cultural histories of Early Modern Science*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, PA.
- MERRIM, S. (1984): «“Un mare magno e occulto”: Anatomy of Fernández de Oviedo’s *Historia general y natural de las Indias*», *Revista de Estudios Hispánicos*, 1: 101-120.
- MYERS, K. A. (1993): «The representation of the New World phenomena. Visual epistemology and Gonzalo Fernández de Oviedo’s illustrations», en J. M. WILLIAMS; R. E. LEVIS (eds.), *Early images of the Americas. Transfer and invention*, The University of Arizona Press, Tucson/London: 183-213.
- MYERS, K. A. (2007): *Fernández de Oviedo’s Chronicle of America. A New History for a New World*, University of Texas Press, Austin.

- PARDO-TOMÁS, J.; LÓPEZ TERRADAS, M. L. (1993): *Las primeras noticias sobre plantas americanas en las relaciones de viajes y crónicas de Indias (1493-1553)*, Universitat de Valencia/CSIC, Valencia.
- PARDO-TOMÁS, J. (2002): *El tesoro natural de América. Oviedo, Monardes, Hernández: colonialismo y ciencia en el siglo XVI*, Nivola, Madrid.
- RUBIÉS, J. P. (2008): «Imagen mental e imagen artística en la representación de los pueblos no europeos. Salvajes y civilizados, 1500-1650», en J. L. PALOS; D. CARRIÓ-INVERNIZZI (eds.), *La historia imaginada. Construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*, Centro de Estudios Europa Hispánica/Universitat de Barcelona, Madrid: 327-358.
- TEGLIA ALONSO, V. M. (2020): «Claroscuros del archivo colonial: la escritura sobre la naturaleza de Fernández de Oviedo», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 27: 267-290. doi: <https://doi.org/10.48035/rhsj-gh.27.11>.
- URDAPILLETA MUÑOZ, M. A. (2006): «Maravilla y retórica en las crónicas de Indias», *La Colmena: Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, 49: 89-100.
- URDAPILLETA MUÑOZ, M. A. (2019): *La construcción retórica de la maravilla en las crónicas de Indias*, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

